

do) constituyen así los cuatro puntos cardinales, las principales referencias conciliares. Estas páginas demuestran que ésta era la misma visión que tenía el joven perito conciliar en los años sesenta. Frente al mito de la *große Wende* del teólogo Ratzinger en los años de Tubinga, estas páginas constituyen el mejor argumento en contra. Es además interesante ver cómo se proponen en estos textos ya las reformas que están siendo aplicadas en nuestros días, bajo los auspicios del Vaticano II. Esta recopilación de textos constituye pues tanto una prospección en el pasado como una proyección hacia el futuro. Es cierto que ciertas apreciaciones tienen tan sólo un valor coyuntural e histórico, pero se encuentran también propuestas que mantienen todavía su más absoluta vigencia. La actualidad de estas ideas conciliares sigue siendo por tanto incontrovertible.

Pablo BLANCO

Jorge F. HERRERA GABLER, *Cristo exaltado en la Cruz. Exégesis y teología contemporáneas*, Pamplona: Eunsa («Colección Teológica», 128), 2012, 200 pp., 16 x 24, ISBN 978-84-313-2848-1.

Nos encontramos ante un texto de gran interés. Su origen se encuentra en la tesis doctoral presentada por el Autor en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, de cuyo contenido ofrece una parte el presente libro. Se trata, pues, de la *opera prima* de un joven investigador, que ofrece, no obstante, a la comunidad científica un libro de gran solidez, centrado en un tema teológica y exegéticamente central, como es el del significado de la muerte y exaltación de Cristo en la cruz.

El misterio pascual, centro de la historia, ha sido considerado en la historia del pensamiento cristiano desde muchas perspectivas teológicas distintas, siguiendo lo que –también de maneras diversas y convergentes– dejaron narrado los evangelistas bajo la inspiración del Espíritu Santo. El IV evangelio ofrece una contemplación del misterio de Cristo, diferente en ciertos aspectos de la transmitida por los otros tres, y cuya singularidad ha atraído el constante interés de exégetas, teólogos y autores espirituales, y concretamente en su visión del misterio pascual y su modo de presentar el misterio de la cruz. Recuerda Herrera, al respecto, que ese modo de presentación inspiraba, por

ejemplo, a Paul Claudel, para hablar de la cruz como «la que todo lo atrae», y afirmar que en ella se encuentra el «punto que no puede ser deshecho, el nudo que no puede ser desatado, el patrimonio común, el mojón interior que no puede ser arrancado, el centro y el ombligo de la tierra, el eje de la humanidad donde todo cabe al mismo tiempo».

En la obra que reseñamos, se analizan precisamente los pasajes del IV evangelio que presentan la muerte salvadora de Cristo en la cruz, condensada en dos nociones: exaltación y atracción. Tales conceptos de la cristología joánica se encuentran formalmente, aunque sólo de modo implícito, incluidos en tres pasajes: Jn 3,14; 8,28 y 12,32, sobre los que existe una inmensa bibliografía exegética y teológica, cuyas líneas sustanciales de fondo son las que estudia detenidamente el Autor. En el trasfondo de las diversas posiciones al respecto, señala Herrera, sobresalen dos principales interrogantes: a) ¿qué es lo esencial en el concepto de exaltación de Cristo que encontramos en el evangelio de Juan?; y b) ¿por qué y en qué sentido es posible hablar de una glorificación de Cristo en la cruz? Ambas preguntas constituyen, en cierto modo, el *leitmotiv* del libro.

El Autor lo plantea de la siguiente manera: ¿a qué se refiere el evangelista cuando emplea en los mencionados pasajes el verbo ὑψόω (levantar, exaltar o alzar)?; ¿se trata sólo de una descripción física del modo en que murió Jesús? Si eso fuera así, y ese verbo fuera solamente otra manera de decir «crucificar», ¿sería esa lectura compatible con el resto de su evangelio, así como de todo el Nuevo Testamento? ¿Se da razón con ello de que el Hijo del Hombre «atraiga todo hacia sí» (Jn 12,32)? ¿Cómo? Y ¿por qué poco antes de Jn 12,32 se habla de la «hora» de Jesús como la hora de su glorificación (12,23.27)?

Cabe también preguntarse si la «exaltación» de la que habla Juan tiene relación con la descrita en otros lugares del Nuevo Testamento –que tal vez él conocía–, cuyo significado se refiere a la ascensión, o al sentarse Cristo a la derecha del Padre. ¿No es ése –el de glorificación celeste– el sentido que san Pablo (Flp 2,9) y los Hechos de los Apóstoles dan a la palabra exaltación? Muchos autores, en efecto, afirman que la exaltación de la que habla Juan es esa misma exaltación celeste que encontramos en Pablo y en los Hechos. Entonces: ¿crucifixión o glorificación?

Así, pues, la cuestión planteada es ésta: ¿Se refiere Juan al emplear el término «exaltación» tanto a la cruz como a la ascensión? ¿Es quizás la cruz el comienzo de la exaltación gloriosa? ¿Se trata de una interpretación del misterio de la ascensión o del significado de la cruz? ¿Qué significado, en definitiva, tiene la cruz para Juan?

Las respuestas dadas a lo largo de la historia del pensamiento cristiano son muy variadas. Al citar o comentar Jn 12,32; 3,14 y 8,28, los autores, en general, sienten la necesidad de explicar la riqueza de significado de esa exaltación de Cristo en la cruz. En conjunto, cabría decir que desde los inicios del cristianismo ha sido entendida y puesta en relación con diversos temas: la crucifixión en sí misma, el reinado de Cristo desde la cruz, la recapitulación de todas las cosas en Él, la fecundidad de la cruz como salvación universal y cósmica. En ocasiones, el «ser exaltado» se ha entendido sobre todo como referencia a la resurrección, ascensión y glorificación de Cristo; otras veces, en cambio, es visto como una manera de mencionar el misterio pascual unitariamente, como un solo evento. También cabe afirmar que, en general, prevalece una visión abarcante y victoriosa de la cruz de Cristo.

Con esos precedentes, la cuestión que se plantea el libro que reseñamos es ésta: ¿Dónde está hoy la interpretación de estos textos del IV evangelio? ¿En qué exégesis se apoyan los teólogos a la hora de explicar la teología pascual de Juan? Lo que se propone, por tanto, es analizar las principales respuestas que se han dado en la exégesis contemporánea, presentarlas de manera sistemática, y destacar las más interesantes.

En ese sentido, son analizadas articuladamente por el Autor cuatro líneas de pensamiento que, en su opinión, aunque se opongan entre sí en algunos aspectos, se complementan y enriquecen mutuamente. En síntesis, son las siguientes: a) La primera, que tiene como representantes más significados a J. Dupont y J. H. Bernard, es la que entiende la exaltación de Cristo en la cruz simplemente como crucifixión. b) La segunda, seguida por Zahn, Bultmann, D. M. Smith, y otros exégetas, principalmente protestantes, considera que en el cuarto evangelio la exaltación de Cristo es un concepto equivalente a su ascensión al cielo. c) La tercera, expuesta esencialmente por Wilhelm Thüsing, sostiene que el contenido de «ser exaltado» es más amplio que el de la simple crucifixión, aunque no incluye una relación directa con la glorificación celeste de Cristo. d) Y, en fin, la cuarta, seguida entre otros por Josef Blank, Rudolph Schnackenburg y Raymond Brown, considera que «ser exaltado» se refiere a la crucifixión como primer acto de la ascensión/exaltación.

Tras analizar detenidamente los razonamientos de los diversos exégetas mencionados, el Autor sintetiza las aportaciones más significativas de cada uno de ellos, para concluir luego con algunas reflexiones personales, en las que refleja su propia postura. Indudablemente, se considera más cercano a los razonamientos de Thüsing, Moloney, Blank y Schnackenburg, quienes, no obstan-

te sus discrepancias (basadas en las distintas visiones teológicas que creen encontrar en Juan), han contribuido al desarrollo de una teología –al decir del Autor– auténticamente joánica, genuinamente cristiana y consonante con la tradición eclesial. Todos esos exégetas coinciden en cuatro aspectos: a) admiten que Juan emplea el concepto de exaltación intencionadamente, queriendo plasmar un sentido particular al hecho de la crucifixión; b) consideran que Juan conocía una cristología de la exaltación anterior a su evangelio, y la aplica a la cruz; c) admiten que Juan quiere hacer una presentación unitaria del misterio pascual; y d) sostienen que la cruz es para Juan signo de salvación, y que se sirve de la imagen de la exaltación para expresar el singular significado de la muerte del Crucificado: la cruz es ya exaltación, y no sólo causa de exaltación.

Literalmente queda formulada la postura del Autor en este párrafo que transcribimos: «La propuesta exegética que, en términos generales, nos parece más consistente y clara es (...) la que defienden Thüsing y Moloney. Entre otras cosas, porque subraya un elemento esencial en el evangelio de san Juan: la muerte de Cristo en la cruz como lugar de revelación. Según esa propuesta, la intención de Juan sería la de destacar el carácter de revelación de la muerte de Jesús en ella. La entronización es elevación a signo revelador de la salvación, porque el de Cristo es un reinado que se ejerce en los términos de Jn 18,37 (“dar testimonio de la verdad”))» (pp. 186-187).

En relación con el otro interrogante planteado, esto es, el de por qué hay glorificación ya en la cruz, analiza Herrera dos principales líneas de respuesta, que cabe sintetizar así: a) la primera defiende que el acto de amor de Jesús por sus seguidores es, en un sentido espiritual, el retorno de Cristo al Padre, o en otras palabras, su «elevación» o «exaltación», pero, cuando ese puro acto de voluntad se traduce en un evento concreto, toma la forma de crucifixión; así, pues, la muerte de Cristo es, a la vez, su humillación y su exaltación; b) la otra línea de respuesta se centra en la obediencia de Cristo, y viene a decir que hay glorificación en la cruz porque en ella manifestó Cristo su obediencia hasta la muerte; esta es, probablemente, la opinión que más aceptación ha encontrado entre los teólogos del siglo XX.

El Autor, sin embargo, no se decanta por ninguna de estas dos líneas, y sí en cambio por otra que encuentra en la tradición, y que se resume así: Juan insiste en el carácter voluntario de la muerte de Jesús, aunque fuera condenado a muerte por otros; pudiendo salvarse, entrega su vida por propia voluntad, y de su potestad de entregarla se sigue el poder de recuperarla (la resurrección) (Jn 10,18). Dar la vida y recuperarla son, en realidad, como las dos caras de

una misma moneda. La aceptación de su muerte es una elección, libremente deliberada, de cumplir el encargo recibido de salvar a todos (10,29), y en eso mismo manifiesta Jesús que es uno con el Padre (10,30). En la potestad de dar la vida y de recuperarla se encuentra, pues, a juicio del Autor, el núcleo de la consideración glorificadora de la cruz como exaltación, que permite ahondar en el misterio de la muerte glorificadora de Cristo como don de sí.

Hasta aquí el contenido de esta valiosa monografía que, indudablemente, habrá de ser tenida muy en cuenta, a partir de ahora, en los estudios futuros sobre un tema de tanta trascendencia teológica. Es de esperar que el propio Autor –a quien felicitamos por su trabajo– continúe aportando a la comunidad científica los frutos de su investigación.

Antonio ARANDA

Andrea Bozzolo, *Il rito di Gesù. Temi di teologia sacramentaria*, Roma: LAS, 2013, 311 pp., 17 x 24, ISBN 978-88-213-0854-3.

Esta publicación no quiere ser una síntesis ni un manual; los artículos recopilados, sin embargo, apuntan a una propuesta de teología sacramentaria general que ha llamado nuestra atención y en la queremos fijarnos en estas líneas. El primer capítulo presenta la propuesta de Giuseppe Colombo y ya ha sido publicado con anterioridad; la voz más personal de Bozzolo y la revisión de su pensamiento se encuentran a continuación en los capítulos 2 y 3. El resto del libro corresponde a la sacramentaria especial: tres capítulos –los dos últimos son inéditos– que abordan el Bautismo, la Eucaristía y el Matrimonio, respectivamente.

Tras el Concilio las publicaciones sobre sacramentaria general son muy variadas en su planteamiento y método. La cuestión litúrgica que hemos heredado desde los albores del siglo XX, la languidez de la manualística clásica, las aportaciones de las ciencias humanas, así como la reforma litúrgica del Vaticano II, por no hablar de la búsqueda de un diálogo entre fe y cultura en una sociedad secularizada... plantean preguntas que van más allá de las sedes académicas: ¿qué sentido tiene la liturgia para entender –aceptar y vivir– el misterio cristiano? (p. 8). ¿De qué modo las situaciones comunes de la vida son impregnadas del don de la gracia que los sacramentos nos ofrecen? La res-